

Los periodistas extranjeros preguntan: ¿Qué festeja Argentina?

José F. Talavera

BUENOS AIRES, 19 de junio (UPI) — ¿Qué festeja Argentina?

Esa es la pregunta que los visitantes extranjeros se formularían, entre asombrados e intrigados, al ver a las multitudes lanzarse delirantes a las calles para aclamar a sus ídolos futbolísticos.

La escena, aunque repetida hasta convertirse en rutina cada vez que Argentina juega en el campeonato mundial, resulta desconcertante.

¿Es que el fútbol tiene en sí tanto valor como para movilizar a gentes de todas las edades, lanzándolas a la calle en una verdadera orgía de locura colectiva?

Es un enigma para sociólogos, tal vez para políticos. Bajo la apariencia de una celebración meramente deportiva, algunos observadores creen advertir algo más. Pero no aciertan a dar con la clave que explique tanta exuberancia.

Terminado cada encuentro de la selección argentina, las calles son tomadas por asalto, tanto por peatones, como por automovilistas que dan rienda suelta a su incontenible entusiasmo.

Y no ocurre sólo en Buenos Aires ni en Rosario, donde ahora juega el conjunto dueño

de casa. De un rincón a otro del país, el fenómeno se repite con las mismas características.

Madres con hijos en los brazos desahogan la inclemencia de las noches invernales. Andaneros que anualmente se reúnen a esas horas, se contagian con el *sarampión del fútbol*. Jóvenes que empuñan matracas rivalizan con los que hacen sonar cornetas y baten tambores. La lluvia no aplaca el frenesí. La gente baila, grita, hace ondear banderas.

El jolgorio no decae. Horas después de finalizado cada partido del equipo argentino, las voces siguen enronqueciendo y los agentes policiales hacen prodigios para mantener el orden. Las bocinas de los automóviles y camiones poblados de muchachos que no tienen un rumbo preciso, invaden el espacio con sus toques estridentes.

A medida que el torneo avanza, el festejo se prolonga. Y se anticipa. El domingo, horas antes del partido entre Argentina y el Brasil, las principales arterias de Buenos Aires fueron testigos del inusitado espectáculo.

No importa que Argentina gane, empate o pierda. Sea cual fuere el resultado, el hormiguero humano continúa su procesión. "Argentina, Argen-

tina" es la consigna que se eleva por sobre el bullicio, como promoción de la fiesta máxima, que todos esperan se produzca el domingo, con la obtención del cetro del fútbol mundial.

La actuación del equipo favorito, que sigue figurando entre los candidatos, sigue siendo pobre, pero no es hora de teorizar sobre tácticas futbolísticas ni sobre méritos expuestos en el campo de juego. Todos han sido ganados por una certidumbre ciega: Argentina será campeón.

Queda por ver si el presagio se cumplirá.

Algunos ensayan la tesis de que Argentina vocea su orgullo por haber organizado con acierto un campeonato mundial. El argumento no convence, pese a que la premisa es valedera. Otros opinan que los argentinos desahogan sus frustraciones y tratan de olvidar la situación de su país que no goza del bienestar de antaño. La explicación tampoco parece suficiente.

Como sea, la muchedumbre hipnotizada avanza por las calles gritando "Argentina, Argentina".

¿Qué significa todo esto? Es lo que nadie acierta a comprender cabalmente.



"¡AR-GEN-TI-NA!". . . El grito ha ganado las calles de Buenos Aires y el resto del país, pero muchos se preguntan por qué. Una euforia inaudita, desconcertante, que surge en un país que soporta la mayor inflación del mundo y una dictadura tan sangrienta como represiva de todos los niveles de la vida social. ¿Por qué? se dicen los visitantes más lú-